

# LECTURA POPULAR

PUBLICACION QUINCENAL GRATUITA PARA LAS CLASES TRABAJADORAS.

## LO PROMETIDO.

Señor Director de LA LECTURA POPULAR, no estoy conforme con sus artículos: vá V. metiéndose mucho en milagros y el tipo no está para eso.

—¿Qué me cuenta V.?

—Lo que V. oye. He leído el de Calanda que insertó V. en el penúltimo número y... francamente, no digo que no sea verdad pero...

—Pero no lo cree V. Pues, amigo, eso no prueba sino que es V. uno de tantos como andan por el mundo con la cabeza del revés.

—Hombre, cuidado; advierto á V. que no soy ningún patán. He estudiado ciencias, y filosofía, y letras. y...

—Pues con todas sus letras, y sus ciencias, y su filosofía, es V. un pobre hombre, sino ha sabido conservar su juicio bastante sano para no caer en la estúpida incredulidad moderna, que solo va siendo ya patrimonio de tontos y de perdidos.

—Es que yo creo lo que me dicta mi razón.

—Pues creará V. muy poco, amigo, porque la razón de V., como la mía, no es de las que dictan mucho. Y allá vá una comparación, ¿qué diría V. de un corto de vista que se empeñase en negar lo que no alcanzasen sus ojos?

—Que estaba chiflado.

—Pues aplíquese V. el cuento.

—No es lo mismo la razón que la vista.

—Si que lo es.

—¿Por qué?

—Porque cuando las dos cortean los dos necesitan lazarillo.

—Vaya, dejese V. de bromas, y hablemos en serio ¿no le parece á V. que eso de haber restituido la Virgen en un momento una pierna cortada dos años y medio atrás, no es cosa de bulto?

—Y tan de bulto ¿pero por eso no hemos de creerla?

—Pero ¿cómo quiere V. que crea semejante cosa?

—Como se creen todas las cosas por medio del sentido común. ¿V. ha visto el fonógrafo de Edison? ¿Ha visto V. esa admirable máquina que repite las palabras que se le hablan como si fuera un papagayo?

—No señor.

—Y sin embargo no dudará V. que existe.

—Bien; pero es que yo he estudiado física, y comprendo perfectamente la.,.

—Pues supongamos que no hubiese V. estudiado física, por eso iba V. á dejar de creer que existía el fonógrafo.

—Hombre, claro que no, porque si yo no lo he visto, no faltan personas serias que dan fé de él.

—Pues hijo mio, eso se llama tener sentido común. Creer que cuando muchos testigos serios afirman una cosa, la cosa es cierta.

—De manera que en el milagro de Calanda ha habido muchos testigos que...

—En el milagro de Calanda hubo miles de testigos, porque como se trataba de la curación de un hombre que tuvo dos años y cinco meses una pierna cortada, todos los que le vieron con la pierna de menos, pudieron dar luego fé del prodigio.

—Y esos testigos declararon.

—No todos porque se hubiese necesitado una carretada de papel, pero se eligieron los principales y se formó el proceso que hoy existe en los archivos de Zaragoza para que todo el mundo

lo vea. Prometí dar detalles sobre él y hoy voy á cumplirlo. Vá V. á decirme si con testigos como estos puede dudarse de una verdad.

—Vengan.

—Allá van. El primero que declara en este ruidoso expediente, es el mismo cirujano que cortó la pierna á Juan Pellicero. Se llamaba D. Juan de Estanga, era catedrático de cirugía de la Universidad de Zaragoza, y hombre respetable por su edad y por su ciencia: hace la historia de lo ocurrido y dice que hacia dos años y medio conoció en el hospital de Gracia al Juan Pellicero Blasco. Luego da detalles sobre su enfermedad (que sería prolijo referir, pues aquí solo podemos extractar), y en seguida bajo la fé del juramento asegura y afirma que él mismo, ayudado de los practicantes y enfermeros, fué quien le cortó la pierna por cuatro dedos más abajo de la rodilla. Añade que la cura del muñon la hizo también él mismo y que duró algunos meses; que después de darle de alta tuvo varias veces que desvendarle la pierna y examinarla á petición del enfermo: que le reprendió porque se untaba la herida con aceite de una lámpara de la Virgen; que después de curado le vió muchas veces con la pierna de palo; y finalmente, que no le cabe duda que la persona que él operó entonces y ve ahora con pierna restituida, es la misma persona.

El segundo testigo es un tal Juan Monreal, labrador vecino de la villa de Alcañiz de 25 años de edad. Dice que conocía á Miguel Juan Pellicero; que él fué quien tres meses antes de la declaración lo encontró en la villa de Samper muy roto y cansado, y con una pierna cortada en ocasión en que pretendía llegar á Calanda, para lo cual mandó un recado á sus padres para que vinieran por él.

El tercero es otro vecino de Alcañiz llamado Diego de Lara: declara que hacia ocho años conocía á Miguel Juan Pellicero: que poco antes de suceder el hecho hallándose en Calanda lo vió con la pierna de palo, y que al día siguiente le vió andando con dos piernas aunque no podía afirmar el pié en el suelo, ni extender los dedos del pié porque tenía la pierna *amortecida*.

El cuarto testigo es el capellán del hospital de Zaragoza D. Pascual del Cacho. Dice que vió al mozo cuando acababan de cortarle la pierna y cuando se hallaba aun la pierna tendida en el suelo. Que procuró animarle é infundirle paciencia, y que aunque le había tratado poco, antes y después de la operación, cree que es la misma persona y no diversa, el que fué operado y el que ahora vé sano.

El quinto testigo, es Juan Lorenzo Garcia, natural de Torralva de los frailes, uno de los practicantes del hospital. Dice que hallándose él en el establecimiento, ingresó Juan Pellicero en la cuadra de cirugía: que le cortaron la pierna D. Juan Estanga y Miguel Beltran ayudados de sus mancebos: que él la vió cortar y ayudó á los cauterios; y finalmente que él mismo con otro compañero, después de llevar la pierna á la capilla, la enterraron en el cementerio de la casa, haciendo un hoyo como de un palmo de hondo. Al ponersela de manifiesto dijo, que por las cicatrices creía era la misma que él enterró.

El sexto testigo es Juan de Mazas, mesonero del meson de las Tablas de la ciudad de Zaragoza. Afirma que recogió muchas veces á Miguel Juan Pellicero en su casa cuando andaba por la ciudad con la pierna cortada y es el mismo que ahora vé con la pierna restituida.

El sétimo testigo es Diego Millarejo maestro de cirugía domiciliado en Zaragoza. Dice que conocía perfectamente á Juan

Pellicero, que el dicente practicaba con el S. Estanga cuando le cortaron la pierna, que él asistió y ayudó á la operacion, y vió cuando la llevaron á enterrar, que del mismo modo asistió y presencié las curas que se le hicieron al operado despues de la operacion, que despues le ha visto con la pierna restituida á su lugar aunque no podia afirmarla bien en el suelo, y finalmente, que el jóven que antes vió sin pierna y despues ha visto con ella, es la misma persona.

El octavo testigo es Miguel Pellicero, labrador, padre del héroe del suceso. Su declaracion es sumamente detenida é interesante. Relata toda la historia de lo ocurrido con su hijo. Cuando se marchó á Castellon contra su voluntad; cuando volvió con la pierna cortada; cuando anduvo pidiendo limosna por los pueblos vecinos con una borrica que él le dió: y últimamente cuando el 29 de Marzo en la noche habiéndose retirado á acostar, entró él despues en el cuarto y le halló con la pierna restituida. Pinta la escena ocurrida cuando el hijo despertó asombrado y se arrojó á sus piés besándole la mano. Declara además que cuando penetró en el aposento percibió un suavísimo olor no acostumbrado en aquel sitio, y acaba narrando por estenso todo lo que sucedió despues y que ya saben nuestros lectores por la historia que publicamos el día 1.º de Octubre.

El noveno testigo es Miguel Barrachina labrador de cincuenta años, vecino de la casa de los Pelliceros. Declara del mismo modo todos los hechos que presencié por haber estado la noche del suceso pasando la velada con la citada familia y haber acudido despues cuando le llamaron.

El décimo testigo es Ursola Mans; mujer del anterior. Cuenta las cosas como su marido. Describe su sorpresa cuando al levantarse de la cama se encontró en presencia de aquel estupendo prodigio.

El undécimo testigo es Nicolas Calvo labrador de Calanda que dice haber visto muchas veces al cojo cuando pedia limosna sin pierna y haberle visto tambien sin ella la vispera del suceso. Cuenta como le vió al día siguiente con la pierna amoratada, amortecida, con los dedos encogidos y le que acompañó á la iglesia.

El duodécimo es Bartolomé Gimeno, natural de Cascante y habitante en Calanda; es uno de los que tuvieron ocasion de ver desnuda la pierna de Miguel Juan antes del suceso y de haber tocado la cicatriz del muñon con sus mismas manos y lo declara de una manera terminante.

El décimo tercero es Maria Blasco, madre de...

—Pero oiga V. querido, ¿quedan muchos?

—Hasta veinticinco, y luego las...

—Pues me doy por muerto: no se moleste V.

—No, si no me molesto. Mire V., luego sigue la madre del muchacho que cuenta todo lo que vió por sus ojos.

Y Domingo Martin que conoció al operado cuando no tenia pierna.

Y D. José Herrero, vicario de la Parroquia de Calanda que lo conocia desde niño y fué el que le halló en Zaragoza cojo y le animó á volver á su casa y se ofreció á interceder con sus padres, para que le admitieran.

Y D. Jaime Villanueva, Beneficiado de la misma iglesia que tambien le vió en Zaragoza con la pierna cortada y que la noche antes del suceso le vió tambien del mismo modo.

Y D. Francisco Artos, Capellan de...

—Pero sino es necesario más...

—Si ya no quedan más que nueve. D. Francisco Artos que le vió tambien sin la pierna.

D. Martin Corellano Juez de Calanda que le vió del mismo modo y le habló en los primeros dias de Marzo.

D. Miguel Escobedo, jurado mayor de la villa; que le vió en varias ocasiones sin pierna cuando iba pidiendo limosna.

D. Martin Galludo jurado tambien de Calanda que le vió por el mismo tiempo y que antes del suceso y de venir él á Calanda sabia su desgracia y que le habian operado en el hospital.

D. Lázaro Macario Gomez, notario, que le vió y habló cuando aun estaba cojo.

Francisco Telez, que...

—Pero si le digo á V. que basta.

—No; si ya no faltan más que cuatro: Francisco Telez; cerragero, que era antiguo conocido y le acompañó en el carro desde Zaragoza hasta Fuentes de Ebro juntamente con otro compañero llamado Lamberto Pascual, los cuales tuvieron ocasion de verle la pierna desnuda.

Y D. José Nebot, cirujano que tambien le vió en cuerpo, y con la pierna de palo.

Y D. Juan de Riscra, cirujano, natural de Atloza, que le vió tambien mutilado varias veces.

Y finalmente: el mismo interesado que confiesa todo lo ocurrido y le deja á uno con diez palmos de boca abierta al ver tanta grandeza y tan estupendo prodigio. ¿Le queda á V. alguna duda?

—Hombre ¡qué me han de quedar dudas!

—Pues es que tampoco le quedaron, ni al pueblo de Calanda, ni á Zaragoza, ni á España entera con Felipe III á la cabeza, ni á Europa que se ocupó con gran ruido del suceso por medio de sus historiadores y sus criticos. En pie está no solo el proceso, sino los monumentos que se levantaron para conmemorar el hecho y honrar á la Virgen Santísima que le había obrado.

—Amigo, ¡si todos los milagro fuesen como ese!

—Pues los que la Iglesia aprueba todos lo son. Y apropósito ¿V. no sabe la historia del ingles?

—No señor.

—Pues es el caso que un protestante ingles con patillas y todo, fué á Roma á visitar á cierto cardenal y hablando sobre la canonizacion de los santos, manifestó sus dudas sobre los procesos de su beatificacion y las pruebas de sus milagros. «Aquí tengo un proceso, dijo el cardenal, Puede V. estudiarlo si gusta.» «Si que tendria gusto, dijo el ingles» y tomando el expediente se lo llevó á su casa.

A los pocos dias volvió á casa del Cardenal con las manos en la cabeza.

«Amigo, exclamó entusiasmado ¡qué expediente! con pruebas como estas se puede declarar santo á cualquiera.»

«Pues con pruebas como esas no ha admitido aun á ese santo la Iglesia Católica.»

El ingles bajó la cabeza con patillas y todo y no volvió á hablar más del asunto.

Esto probará á V. que cuando la Iglesia admite la certeza de un hecho, como el milagro de Calanda, puede creerse á puño cerrado.

Desafiamos á los periódicos ateos de España y especialmente á las pomposas **Dominicales** á que despues de insertar á la letra las declaraciones que hemos extractado las destruyan con razones serias.

A que no lo hacen ¿apostamos algo?

000

## EL VIAGE DE LA VIRGEN

La madre de Dios quiso un día descender á la tierra para remediar los males de la humanidad y recompensar sus virtudes. Obtenidos plenos poderes de su Santísimo Hijo, encargó el Señor á los ángeles más hermosos que preparasen el camino á su querida madre, cuidando de no prevenir á los hombres.

Maria llamó entonces á las siete vírgenes blanquísimas que se sientan al pié de su trono coronadas de violetas, entrególes siete palmas cortadas de la palmera llamada Victoria que crece en los jardines del Paraiso, y envolviéndose con ellas en una nube de oro descendieron todas á la tierra.

Los ángeles habian formado entre dos montañas un bosquecillo y allí se detuvieron.

La Virgen comenzó su viage. Ante su vista se presentaron

hermosísimos vergeles: contempló nubes bellísimas que se retrataban en lagos cristalinos; arrollos que serpenteaban por las montañas: ríos que se deslizaban mansamente. Cuando quería pasarlos tendía su manto y atravesaba las aguas que se estremecían de gozo al contacto de la encantadora embarcación, mientras los pececillos sacaban la cabeza para contemplar la aparición misteriosa.

La Virgen Santa seguía su camino, y su paso era señalado por una estela de gracias.

Cuando atravesaba el llano, lo bendecía, y las espigas brotaban por todas partes.

Cuando atravesaba el bosque, los naranjos y los limoneros se cubrían de flores y de frutos, mientras que los rosales balanceándose sobre sus tallos murmuraban al soplo de la brisa *Dios te saive Maria*.

La Virgen Santa seguía su camino.

De pronto llegó á un lago verde como la esmeralda, coronado de sauces que bañaban en el agua sus delgadas ramas.

Un jóven embarcado en un esquife elegantemente empavesado, surcaba su superficie contemplando con satisfacción la belleza del paisaje. Iba sentado en un cogín de seda y con la mano sostenía el timón.

—Cambia de dirección, hijo mío, le dijo la virgen, viéndole dirigirse al centro del lago, que formaba un remolino peligroso.

—Conozco el camino; no tengo necesidad de lecciones, contestó el jóven con arrogancia.

La Virgen lloró y una de las Virtudes que la acompañaban recogió sus lágrimas en un lienzo, más tenue que las espumas del mar. Díjola entonces la Virgen:

—Humildad salvadle.

Voló esta sobre el lago como una nubecilla y apenas se aproximó á la barca, sintiose el jóven tocado interiormente, comprendió su error y haciendo girar el timón se salvó de la muerte.

La Virgen siguió su camino.

Andando, andando, penetró en un bosque poblado de jazmineros que se enlazaban de un árbol á otro y se encontró un anciano pálido, de mirada triste que cavaba afanoso la tierra para ocultar una cosa. Era un saquito de cuero lleno de oro. Aquel hombre vestía pobremente, estaba delgado, enfermizo, sus ojos brillaban con resplandor siniestro y en su boca parecía no haberse dibujado jamás una sonrisa.

—¿Por qué ocultas ese oro? le dijo la Virgen aproximándosele.

Para no gastarlo ni que otro lo gaste.

Y sacando el oro de la fosa, huía para ocultarlo en otra parte.

La Virgen lloró y otra de sus siete compañeras enjugó sus lágrimas con su blonda cabellera. La Virgen la dijo:

—Largueza, acompaña á ese desgraciado, para que no se vuelva loco.

La virtud se inclinó sobre el corazón del anciano y el anciano lloró y repartió aquel oro de limosna.

Y la Virgen continuó su camino.

En seguida se aproximó á una montaña cubierta de romeros, tomillos y otros arbustos cuajados de flor. Algunas rocas puntiagudas cargadas de rosales y de espinos ocultaban aparentemente los bordes de un inmenso abismo. A lo lejos se veía correr incauta hacia él, una hermosa jóven alegre y risueña, coronada de rosas. Detrás la seguía un hombre, en cuyo semblante se pintaba el fuego de las pasiones. Corrían, corrían hacia el abismo, y el abismo iba á sepultarlos para siempre.

La Virgen lloró de nuevo, y la tercera de las virtudes recogió sus lágrimas en el hueco de la mano. La Virgen la dijo:

—Castidad, apártalos de ese camino.

Elevose la doncella dulcemente, derramó sobre ellos las lágrimas, y ambos se detuvieron en su carrera y tomando otro sendero recto bajaron al llano.

La Santísima Virgen continuó caminando.

En un extremo del camino halló más adelante dos hermanos. Eran cazadores y disputaban sobre la posesión de una miserable tortolilla que habían cogido. Sus bocas echaban espuma; sus ojos arrojaban sangre, y en la lividez de sus rostros se leía el desastroso fin que tendría aquella querrela.

La Virgen lloró y otra de las que la seguían recogió sus lágrimas en el ramo de violetas que llevaba sobre su pecho. La Virgen la dijo:

—Paciencia, calmaos.

La jóven ajitó las flores entre los dos hermanos y al momento se calmaron continuando fraternalmente la caza.

La Virgen siguió su camino.

En seguida encontró un palacio. Pero no quiso entrar porque en él se oía mucha algazara. Era que se celebraba un gran

banquete. Desde fuera se oían las voces de los convidados, y se percibía el vapor de los licores y el aroma de las viandas. Aquellas gentes celebraban una gran festividad comiendo más de lo ordinario, y olvidándose solamente de las buenas obras.

La Virgen lloró como siempre; otra de sus doncellas recogió las lágrimas en un vaso de purísimo cristal y Maria la dijo:

—Templanza, modéralos.

La jóven penetró en la sala del festín, y al momento se vió á los convidados refrenar su gula y arrepentirse de sus excesos.

La Virgen prosiguió su camino.

Y encontró una pastorella muy bella que guardaba sus ovejas: estaba triste y pálida. Sentada en una roca, se miraba en el agua de una fuente y decía: —Lucía es más bella que yo; sus vestidos son más nuevos, y sus corderos más blancos. Todos la miran con ternura, mientras se ríen de mí, y si les cuento sus defectos me vuelven la espalda con desprecio. Y la jóven tornaba á mirarse en su sencillo espejo y se cubría de mortal tristeza.

Al verla tan afligida, la Madre de Dios lloró y otra de sus doncellas recogió sus lágrimas en un corazón puro que se inflamó á su contacto. La Virgen la dijo:

—Caridad, hija mía predilecta, socorre esas desdichas, cura todas esas llagas.

Y al instante las llagas de la envidia le fueron curadas y la paz volvió al pecho de aquella criatura.

La Virgen siguió su camino, y luego se aproximó á una era. La mies estaba toda estendida, las bestias atadas y el labrador durmiendo; la Virgen se entristeció; las horas pasaban rápidamente, y aquel hombre no tornaba al trabajo. Entonces llamó la Señora á la última de sus compañeras y la dijo:

—¡Oh! tú, santa *Diligencia*, anima el espíritu de ese desgraciado. Vence á la que es madre de todos los vicios y hazle que gobierne su casa como Dios manda.

La séptima virtud despertó á aquel desdichado perezoso y al poco tiempo, en derredor suyo todo estaba cambiado.

Y la Virgen prosiguió su camino.

Y saliendo por último del ameno valle, entró en una árida llanura cubierta de arenales. El camino se hacía cada vez más penoso y no se veían por todas partes sino matorrales casi secos. Pero en medio de esta desolación, hallose de pronto con un sendero esmeradísimo conservado cubierto de lirios y de otras muchas flores, que brillaban como estrellas y que se llamaban *Buenas Obras*; al extremo del sendero se divisaba una blanca casita edificada sobre la falda de una montaña, y contra ella se estrellaba el furor de las olas del mar. Cerca de la vivienda, veíase un jardincillo lleno de frutales; y más allá un pozo, y junto al pozo, un banco de piedra sombreada por un hermoso nogal.

La Virgen sonrió de felicidad ante aquel espectáculo, y caminando por el sendero hasta llegar al jardín, entró en él y sentándose en un banco, ordenó á un ángel que llamase á los dueños de la propiedad.

Al momento se vió venir por el campo á un hombre cargado con los útiles del trabajo: venía de labrar la viña de un anciano. De la casa salieron luego una mujer y un niño: la mujer había acabado sus faenas y el niño, terminado su estudio, corría á jugar al jardín.

Mas de repente, vió que una pobrecita se hallaba sentada en el banco.

—Pobre anciana ¿estas fatigada? la dijo, pues ven, que mi madre y yo te cuidaremos.

Y llamó á su madre.

—Bien venida sea la que viene en el nombre del Señor; dijo al llegar. Anciana si estás enferma, nosotros te cuidaremos; si tienes sed, nosotros te daremos agua; si tienes hambre, nosotros te daremos pan; quédate con nosotros.

Y dijo la Virgen.

—Si apenas tenéis lo necesario para vosotros, ¿qué vais á darme?

—Nosotros partiremos lo poco y nos bastará, le contestó, lo que más amo en el mundo es mi hijo, y sin embargo te daré su lecho y su pan, porque él es más jóven y más robusto, y podrá comer frutas y dormir en ese banco, y la Virgen cuidará de él.

Y la Virgen dijo.

—Conforme; comeré de tu pan, beberé de tu agua y me cubriré con tus vestidos; pero jamás separaré al hijo de la madre, ¿ves esa gruta que se oculta en la montaña? ese será mi asilo.

Y la Virgen recibiendo de manos de aquellos justos pan, agua y vestidos, dirigióse en seguida á la gruta, á pesar de los esfuerzos que la madre y el niño hacían para detenerla.

Apenas se apartó la Virgen, el sol se ocultó en el Ocaso, vino la noche y las estrellas aparecieron en el firmamento; pero aquella noche brillaban más que nunca. Los grillos y los cric-

crie hacian un ruido tan extraordinario, que los buenos de los labradores no podian dormir.

El niño se despertó el primero; levántose y llamó á su madre.

—Di al padre, la dijo, que he tenido un sueño muy hermoso: que se levante y vamos los tres á la gruta. He soñado que la pobre que duerme allí, es la Virgen Santísima.

Aquellos buenos cristianos llenos de fé sencilla, se levantaron al momento y se dirigieron á la gruta; mas apenas penetraron en ella, poseidos de un gran temor, cayeron de rodillas.

La gruta parecia transformada por obra de artistas celestes. Estaba iluminada por una estrella suspendida como una lámpara de su bóveda de piedra recortada por las filtraciones. Las gotas de agua que destilaba sin cesar por sus grietas caprichosas, semejaban un artesonado de brillantes. De una y otra parte, colgaban ricos tapices de helechos y de plantas trepadoras: en un extremo, brotaba una fuente formando con sus aguas un pequeño lago; y luego, más allá, en el fondo, sobre un altar de granito adornado de follaje, se veia elevarse magestuosamente una estatua de la Virgen Maria, teniendo en los brazos al niño Jesús y sosteniendo en la mano una canastilla de frutos mas dulces que la miel: frutos de consuelo, de paz y de salud.

Y.... cuentan las crónicas que desde entonces la Virgen Santísima se quedó allí con aquellos buenos y caritativos campesinos, y que desde entonces tambien, todo el que atraviesa el Valle de las miserias humanas, implorando las siete virtudes, si sigue la sena de las *Buenas Obras*, y se sienta en el banco de la *Caridad*, y bebe el agua de la *Fé*, y ora en la gruta de la *Esperanza*, al fin y al cabo logra saciarse de los frutos del viaje de la Virgen, que son los únicos que refrigeran verdaderamente el alma de los hombres.

(Arreglado del Francés.)

000

## VARIEDADES.

### ¿Casualidades ó milagros?

Cuenta el *Temps* de Paris dos milagros que él llama casualidades, pero que de veras no lo son. Un tal Percival de Marsella, en un acceso de furor, disparó últimamente un revólver contra su esposa, Sebastiana Aquaronne, y su madre de ella.—Después de tan ilustre azaña, queriendo llevar á cabo otra no menos ilustre, púsose la pistola a la sien derecha y con otro tiro acabó estóicamente con su existencia. Al ruido causado por los balazos acudieron presurosos los vecinos, y con ellos algunos doctores, quienes al examinar á las dos mujeres que yacian desmayadas en el suelo, hallaron no sin asombro que las dos vivian y vivirian quizás aun por largo tiempo; pues las heridas que habian ambas recibido en el pecho no presentaban ninguna gravedad, como que las balas se habian aplastado contra la medalla del Sagrado Corazon que cada una de las dos Señoras llevaba colgada del cuello.

### Milagro que no es casualidad.

Leemos en *El Imparcial*:

No hace muchos dias que dimos, tomándola de un periódico de Valencia, la noticia de un suceso, al parecer milagroso, ocurrido en el convento de la Encarnacion de aquella ciudad.

Hoy podemos ampliar aquella noticia con los siguientes detalles que públicamente circulan de boca en boca.

En dicho convento existe una religiosa que hace muchísimos años estaba paralítica y completamente imposibilitada de moverse de un sillón de ruedas, en el cual sus compañeras la llevaban diariamente al coro. La buena religiosa soportaba con cumplida resignacion su enfermedad, y siendo especialmente devota de la venerable madre Inés de Benigánim, cuyo expediente de beatificacion se está tramitando en Roma, le regó encarecidamente en sus oraciones que si necesitaba un nuevo milagro para probar ante los hombres su perfecto estado de gracia, lo hiciera en ella.

Hace algunos dias la religiosa fué conducida como de costumbre al coro en su sillón para oír el oficio divino, y estándose cantando el Credo, se levantó de su sillón y echó á andar con paso firme. Juzguese el asombro de todas las religiosas y del celebrante, asombro que por algunos momentos obligó á suspender la misa.

Desde entonces la religiosa se encuentra completamente bien, y parece que así lo ha declarado uno de los más respetables y experimentados médicos de aquella ciudad, que asistia hace años á la enferma, y la habia declarado antes incurable.

Noticiosa del caso la autoridad eclesiástica, ha dispuesto que dos canónigos de aquella catedral instruyan expediente, á fin de averiguar de un modo indudable la verdad de los hechos referidos.

## CANTARES.

—|o|—

Estar enfermo del cuerpo  
Te produce tanta alarma;  
¡Y tan descuidado vives  
Si estás enfermo del alma!

Camino de las riquezas  
Se fueron mis ilusiones;  
Mas vieron que era preciso  
Para ser rico ser pobre.

A la puerta de la Gloria  
Ninguno puede llegar  
Si no sigue los caminos  
De la fé y la caridad.

Es la mentira niña  
Bola de nieve  
Que cuanto más se rueda  
Mayor se vuelve  
Nunca se diga  
Que la bola empezaste  
De la mentira.

M. Jorreto.

## MÁXIMAS Y CONSEJOS

sacados de la Sagrada Escritura.

- 1.º Hijo mio, no te olvides de mí Ley, y guarda en tu corazon mis mandamientos;
- 2.º Porque ellos te comarán de largos dias, y de años de vida, y de perpetua paz.
- 3.º No se aperte de tí la misericordia y la verdad: ponlas como collar en tu garganta, y estámpalas en las telas de tu corazon.
- 4.º Y hallarás gracia y buena opinion delante de Dios y de los hombres.
- 5.º Confia en el Señor con todo tu corazon, y no te apoyes en tu prudencia.
- 6.º En todas tus empresas tenle presente, y Él sea quien dirija todos tus pasos.
- 7.º No te tengas á tí mismo por sabio. Teme á Dios y huye del mal.
- 8.º De este modo gozará tu carne de salud robusta, y estarán llenos de jugo tus huesos.

La Biblioteca de La Verdadera Ciencia Española (Barcelona, Angeles, 14.) ha publicado el tomo 8.º de la Sagrada Biblia que viene publicando. Recomendamos nuevamente esta edicion que no puede ser mejor ni más económica.

## LA LECTURA POPULAR

Esta publicacion tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentandola bajo formas amenas y ligeras para que se propague mas facilmente.

La suscripcion se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de accion.

Cada accion da derecho a recibir cien ejemplares de cada numero ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caserios, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

### PRECIOS DE SUSCRIPCION DIRECTA.

	Peninsula.	América.
Una accion. . . . .	4 pesetas mensuales.	5
Media id. . . . .	2 » »	2 50
Un cuarto id. . . . .	1 » »	1 25
Un octavo id. . . . .	50 cents.	

Por medio de correspondencia 25 cents. de peseta mas por accion.  
Se suscribe en la direccion de este periódico BELLOT, 3, ORIHUELA. En Madrid en la de la Semana Católica, Villanueva, 5, bajo y en todas las librerias católicas de la Peninsula y Ultramar.